



Capítulo 1

Pequeños como insectos

«Recorría el camino muy despacio, todo alrededor era oscuridad y silencio. Con pasos dudosos, calculaba en su mente cuánto le faltaba para llegar a casa. El sonido que producía la suela de sus zapatos deportivos al entrar en contacto con los adoquines agregaba preocupación en ella. La calle, que siempre estaba iluminada, se encontraba en penumbras.

»Vista al frente y con las pupilas muy abiertas, decidió acelerar el paso, no era

agradable por lo que acababa de suceder y le urgía llegar a casa para escribirlo en su diario. A lo lejos se escuchaban maullidos, y mientras cruzaba la avenida un sonido sordo tocó su espalda. Con la piel totalmente erizada quedó atenta. Un nuevo golpe se repitió, pero esta vez más cerca. El viento helado rozó su hombro izquierdo y en ese instante quedó inmovilizada. Uno, dos, tres segundos y sus músculos se negaban a obedecer a su instinto de huir...».

—¿Qué haces, Ernesto?! ¡Estoy leyendo!

—¡Ja, ja, ja, ja...!

—¿Qué es esto?

—¡No puede ser! Te lanzo un escarabajo y, en lugar de asustarte, se te ocurre jugar con él.

—No estoy jugando, estoy observando.

—¡Da lo mismo! —exclama el hermano con desgano al ver su plan fallido—. Dámelo, mejor

llevo este escarabajo azul a la escuela.

—¡Déjame verlo bien!

Ernesto y Natalia son hermanos, pero no de cualquier tipo: son mellizos. Nacieron un 16 de febrero; ella primero, luego él.

Ernesto es bastante travieso y muy bueno para las ciencias, a Natalia la atrapan la lectura y las matemáticas. Juntos asisten al séptimo grado y, aunque quisieran estar en clases separadas, la directora insiste en colocarlos en la misma sección para que, según sus palabras, «no se extrañen». Como si nueve meses juntos antes de nacer y trece largos años en la misma casa no fueran suficientes, los maestros insisten en mantenerlos uno al lado del otro.

Y no es que les desagrade la idea de estar cerca, se llevan muy bien, pero en la escuela las cosas son diferentes.

Tú me entiendes, ¿verdad?

La casa en la que viven no es grande, pero tampoco pequeña. Queda en una urbanización con calles ordenadas, llenas de arbustos y flores. Ambos pasan las tardes en bicicleta o patineta, pues sus padres son fieles creyentes en mantener horarios estrictos para el uso de aparatos electrónicos. A la vuelta de la esquina hay un parque donde Ernesto disfruta de atrapar insectos para tomarles fotos y clasificarlos. Siempre anda buscando un bicho lo suficientemente raro para ver si algún día logra hacer gritar a Natalia, pero lo único que ha conseguido es que ella se interese cada vez más y más en el mundo de los insectos.

—¡Mira, Ernesto! Creo que este escarabajo es uno que vive en la corteza de los árboles — exclama Natalia con un libro de ciencia en las

manos. Y es que ella siempre lleva en su mochila varias lecturas, todas a medias. De esta manera, si se aburre de una, cambia a otra con facilidad; o, si una historia la asusta demasiado, hace una pausa con lecturas más reales.

—Quiero ver... ¿Crees que hay más en el árbol donde lo encontré?

—A lo mejor, sí. ¿Vamos?

No sé si puedes imaginarte la carrera frenética desatada después de esas palabras. Llegar primero hasta el hogar del malogrado escarabajo es la meta, mientras este, dentro de la mano de la chica, cree llegar al final de su corta vida de insecto.

Natalia ha aprendido a correr tan rápido como su hermano. Vestida con jeans, zapatos deportivos y con el cabello al aire, ha sorteado toda clase de aventuras demostrando que es

tan buena como él trepando árboles. Ernesto, por su parte, lleva jeans desteñidos, una camiseta con estampado deportivo y la gorra hacia atrás.

Tocan el árbol en el mismo segundo y declaran un empate. Levantan la corteza del pino y se encuentran con la familia completa del escarabajo azul, que se asusta ante el movimiento brusco de su escudo protector. Uno vuela por acá, otro vuela por allá, y Ernesto queda atento a su hermana, esperando al menos una cara de susto. Pero no. Ella, con una gran sonrisa, sigue con la mirada el vuelo de cada uno mientras pone en libertad al prisionero.

—Es posible que este escarabajo nunca vuelva a ser el mismo —añade la chica mientras intenta soltarlo.

—¿De dónde sacas esa idea?

—Solo míralo... Camina desorientado, sin rumbo...

—Pues con toda razón si lo traías aplastado.

—¡Eso no es verdad! —contesta irritada—. Tuve muchísimo cuidado. Fuiste tú quien lo atrapó solo para jugarme una broma y ahora se encuentra perdido y asustado.

—¡Vamos, Naty... tampoco es para tanto!

—Si fueras tan pequeño como ellos, te importaría mucho.

—Gracias a Dios, no lo soy; no me interesa saber qué se siente ser un insecto...

Ernesto no ha terminado de hablar cuando, sin saber ni cómo ni de dónde, una densa neblina cae sobre ellos envolviéndolos por completo. Los minutos entre la nube se hacen eternos. Para Natalia el momento se asemeja a

las historias de terror que tanto disfruta leer; sin embargo, después de un rato ya no le parece tan agradable la idea de ser parte de un relato de suspenso. Apenas alcanza a ver su propia mano delante de ella. Esa sensación le provoca náuseas, mientras escucha a su hermano reír sin parar, como si se tratara de una broma.

Cuando la nubosidad se dispersa, los hermanos ven con asombro que el parque desapareció y ahora se encuentran en un bosque desconocido...

—¿Dónde estamos?

—Ni idea.

—¿Estamos soñando?

—No creo... Déjame ver.

—¡AAAAAAYYY! ¡Ernesto! ¡Me dolió!

—Solo quería pellizcarte para que despertaras.

—Seguro... —contesta Natalia con enojo.

—¡Regresemos!

—¡Exploremos! Vamos, Ernesto, ¿o me vas a decir que tienes miedo?

—¿Miedo yo? ¡Claro que no! ¿Quién dijo miedo?

—Entonces... ¡vamos!

El bosque es desconocido para ellos pues, a pesar de haberlo estudiado mucho durante la clase de ciencias, no es lo mismo leerlo que vivirlo.

En algunas partes, las hojas forman una gruesa alfombra que esconde lombrices, arañas y hormigas. Insectos de palo y hoja, detrás de su perfecto camuflaje, miran en silencio a los invasores. Mosquitos hambrientos zumban cerca de los chicos, mientras tímidas luciérnagas encienden y apagan sus luces con

ritmo de Navidad.

Todo el ambiente es extraño, pero al mismo tiempo hermoso y mágico para los mellizos que, con una sonrisa en el rostro, disfrutan del bosque tropical que tanto han estudiado en la escuela. El revoloteo de una mariposa los saca de sus pensamientos...

—Naty, creo que estamos dentro de un bosque tropical.

—Eso mismo estaba pensando. Quizá ese escarabajo era mágico y nos transportó hasta acá. Pero... ¿para qué?

—¿Y yo qué sé?!

—¡Exploremos!

—Ok. Pero si nos perdemos será tu culpa, Natalia.

—No pasa nada. Solo veamos si descubrimos insectos desconocidos. A lo mejor logramos ver

un escarabajo Goliat.

El escarabajo Goliat es uno de los insectos más grandes y pesados del planeta. Es originario de África y puede llegar a medir lo que la palma de una mano. Ernesto piensa que, si lo encuentran, el grito será de él y no de su hermana, y aunque son inofensivos para los seres humanos, esconden sus poderosas alas bajo una dura cubierta y definitivamente asustan más que una cucaracha voladora.

Si gustas, amigo lector, haces un alto en este momento y buscas la imagen en tu celular, te asombrarán su tamaño y sus diseños.

Después de caminar durante varios minutos la niebla vuelve inesperadamente, pero ahora la acompaña una extraña sensación de hormigueo que recorre todo el cuerpo de nuestros amigos.

—Naty, estoy sintiendo algo raro.

—Yo también.

De pronto, todo parece crecer. Los árboles, antes de tamaño normal, parecen tener la altura de enormes secuoyas y los insectos, bueno... los insectos parecen ser ellos...

—¡Natalia! ¡Ay! ¡Me estoy encogiendo!

—¡Nooooo! ¡Es tu culpa, Ernesto! ¡Por decir que no te interesa saber qué se siente ser un insecto! ¡Ahora somos tan pequeños como ellos!

—¿Y me vas a decir que solo por eso nos encogimos?!

—¡Sí, porque el escarabajo mágico se enojó al escucharte y nos castigó!

—Tienes demasiada imaginación, hermana. Lo más probable es que esto solo sea una pesadilla mía. ¡AAAAYYYY!

—¿Ves?! ¡No estás soñando!

—¡Tus pellizcos duelen más que los míos!

—¡Shhhhh! No grites...

Poco a poco continúan encogiéndose como la ropa en la secadora. Ya no alcanzan a ver el cielo y quedan envueltos en la nube donde, por asombro o por miedo, guardan silencio esperando algo. Aún no saben qué, pero es lo mejor que pueden hacer en esta situación. Todo es grande a sus ojos. Los árboles, que parecen gigantes durmientes, lanzan hojas cual alfombras mágicas que caen en picada al ritmo del viento que, para Ernesto y Natalia, se asemeja a un huracán.

¡Son tan pequeños como las hormigas!

El mundo ahora es desconocido para ellos.

Ernesto aún no puede creer que sus palabras hayan tenido ese efecto y sus pensamientos giran y giran buscando un remedio. Natalia, en

cambio, siente miedo por primera vez en su vida. Ni todos los libros de suspenso juntos le han provocado el terror que experimenta en ese momento. Y es que ella está pensando en la posibilidad de encontrarse con otro ser viviente.

En los bosques tropicales existe una gran cantidad de animales y no todos son insectos. Monos, tucanes, jaguares, guacamayas, anfibios, entre otros, pueden asomarse en cualquier momento y ser un peligro mayor. Morir aplastada bajo la pata de un felino o ser la merienda de un ave no es un panorama agradable. Eso sin pensar en una posible tormenta que los ahogue.

Los bosques tropicales se caracterizan por sus lluvias abundantes, pues son vitales para la conservación del agua y del clima del planeta.

Su ambiente suele ser caliente y húmedo todo el año; esto hace que las precipitaciones sean frecuentes y abundantes; la flora incluye una gran variedad de árboles, helechos y arbustos que compiten por la luz solar, pues el follaje es tan espeso que son escasos los espacios donde se cuelan los rayos del sol.

Nuestros amigos caminan sobre una gruesa capa de musgo, muy común en estos ecosistemas. Dentro de este es posible que se escondan salamandras, termitas y arañas.

La mayoría de los habitantes del bosque son herbívoros y frugívoros; sin embargo, existe la posibilidad de ser confundidos con un exótico almuerzo. Este pensamiento hace que Natalia decida apresurar el paso y Ernesto, como buen hermano menor, la sigue.

Esos diez minutos de diferencia al nacer se

imponen sin palabras.

Al llegar delante de un gran helecho, una mantis religiosa los observa de frente y los analiza fijamente.

Espera, amigo lector, en este momento tengo que hacer un alto en este relato para contarte que le tengo pavor a las mantis religiosas. ¿Las has visto alguna vez? ¡Yo no! O sea, las conozco por videos y fotos... ¡Me aterran! Sobre todo cuando frotan sus patas frente a su alimento... como comensales hambrientos en un restaurante chino.

¿Quieres que te cuente algo más aterrador de este insecto? ¡Es el único en su especie que puede girar su cabeza ciento ochenta grados! ¡No hay manera de escapar de él!

Pero volvamos a la historia...

—Na-na-na-ta-ta-lia... No-no mi-res al-al

fren-frente... Hay una, una, una...

—¿Una qué?... ¡Ay! ¡Ya veo!

—¿Qué hacemos? —pregunta Ernesto en un susurro.

—Si no la miramos, quizá no nos mire.

—¡Si no la miramos nos va a comer!

—Cálmate, Ernesto. Caminemos despacio y demos la vuelta.

Los chicos rodean al insecto y este los observa mientras su cuello rota sin dificultad. Al tenerlo a una distancia prudente, echan a correr con más ahínco que cuando toca el timbre del recreo. Van sin rumbo y, sin darse cuenta, llegan a un claro en el bosque, en cuyo centro puede verse un tocón y, encima de él, un sobre dorado.

—¿Qué es eso?

—Ni idea —contesta Ernesto, jadeando—. Y

ni se te ocurra acercarte.

—Pero, ¿por qué no?

—Porque no sabemos qué es ni quién lo puso allí. O sea, es evidente que es un sobre; pero piensa bien, Naty: en un bosque, un sobre... Eso no tiene sentido.

—Pero ¿qué tiene sentido acá, hermano? Nos transportamos en una niebla, estamos en un bosque tropical desconocido, tenemos el tamaño de un insecto y casi nos come una mantis religiosa. Que encontremos un sobre del mismo tamaño que nosotros no me parece descabellado en una situación como esta.

—Bueno, sí. ¡Pero no!

—Mira, no perdemos nada con ver qué hay dentro. Me extraña que no quieras explorar. Además, alguien quiere que lo abramos. Si no, sería de tamaño normal y representaría una

odisea para nosotros tratar de abrirlo.

—¡Por favor, deja de analizar tanto! Es que esto es como el día en que Rodrigo y yo nos encontramos una botella con un mensaje.

Al escuchar el nombre de Rodrigo, el mejor amigo de Ernesto, el corazón de Natalia da un vuelco rápido. Y es que ella lo admira en secreto. Cuando él llega de visita siente taquicardia y se sonroja, por lo que siempre se esconde en su habitación, con la puerta entreabierta para poder escuchar su voz.

Esta vez su rostro no se ruboriza, pero el solo hecho de recordarlo le hace olvidar por un momento lo mal que lo está pasando en esta loca aventura.

—¿Y qué hicieron con la botella? Esa historia no la sé.

—Decidimos sacar el mensaje.

—¿Y qué decía?

—¡Natalia! ¡Ese no es el punto!

—¡Claro que sí! Si no vamos a abrir ese sobre, necesito saber toda la historia de la botella y qué mensaje tenía dentro. Si la historia es buena, tal vez me convences de no acercarnos.

Ernesto pone sus ojos en blanco, pues, en realidad, está inventando todo aquello del mensaje en la botella. Le interesa el sobre, pero su curiosidad no es tanta como para abrirlo. Como puede, miente sobre la historia y la relata con tanta imaginación que hasta él mismo se convence de su veracidad. Natalia lo escucha atenta no porque quiera saber, sino, más bien, porque Rodrigo es uno de los protagonistas de esa hazaña e imaginarlo con su cabello castaño, su ceño fruncido y su patineta en la mano la

hace sentir mariposas en el estómago.

Tiene su misma edad, pero muchas veces habla como si fuera mayor. Le gustan las matemáticas —igual que a ella—, pero prefiere pasar las tardes frente a su consola, jugando partidos de básquetbol en línea. (Lo que no sabe Rodrigo es que Natalia, secretamente, lo ha retado bajo el perfil anónimo de «Mariposa Monarca» y varias veces le ha ganado la partida).

—Entonces, ¿el mensaje que encontraron era una advertencia de irse lo más rápido posible de ese lugar?

—Así es.

—¿Y quién había escrito eso?

—No lo sé.

—¿Y solo decidieron hacerle caso a un pedazo de papel?

Ernesto olvida que Natalia suele ser bastante persistente en sus ideas y tratar de convencerla de no abrir el sobre hace el efecto contrario en ella.

—Sí. Solo nos fuimos antes de que nos pasara algo. La advertencia era clara.

—¿Y por qué crees que esta vez será igual?

—¡Natalia, no voy a abrir ese sobre! ¡No voy a ir contigo! Si quieres abrirlo, tendrás que ir tú sola.

Naty duda por un momento, pero no tiene nada que perder; de modo que comienza a caminar. Al principio con pasos rápidos, pero luego disminuye la velocidad, a medida que se acerca, porque comienza a escuchar ruidos entre la maleza. Ernesto, asustado, corre a su lado. El sonido de las hojas comienza a rodearlos y, sin darse cuenta, llegan al centro

del claro del bosque.

El misterioso sobre lanza, inesperadamente, un enorme brillo.

Y ahora tú decides...

¿Qué hacen los mellizos
con el sobre?

A) No pueden hacer nada, se ven rodeados de un ejército de termitas

B) Deciden no abrirlo y seguir explorando

C) Abren el sobre y son transportados a otro lugar

Ir a lat.fictionexpress.com y votar

Copyright del texto © Guadalupe Castellanos 2026. Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026. Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com

Capítulo 2

Hablando otros idiomas

Los hermanos se encuentran frente al sobre, el ambiente es hipnótico. No recuerdan cómo llegaron hasta ese paraje ni tienen idea de cuánto tiempo ha transcurrido; muy lejos está el momento en que Ernesto decidió atrapar el escarabajo azul con la intención de asustar a su hermana. Ahora el chico, preocupado por el ruido entre la maleza, siente su corazón latir fuertemente, mientras Natalia, concentrada, duda entre tomar el sobre o no para descubrir

si dentro hay un mensaje que los haga salir con bien de esta aventura, que más bien comienza a parecer pesadilla. En su mente resuena la historia del mensaje en la botella y trata de adivinar qué haría Rodrigo en su lugar. ¿Es de valientes abrirlo o es de valientes dejarlo? Porque, sea lo que sea, lo que decida hacer tendrá sus consecuencias.

El brillo del sobre es cada vez más fuerte, al igual que los latidos del corazón de Ernesto, que resuenan en su sien. La luz es color amarillo neón y, en segundos, llena todo el lugar envolviéndolos por completo... Mientras, el bosque aguarda.

—¿Natalia?

—¿Ernesto?

—Dejemos esto acá, por favor —suplica el chico.

Naty es bien conocida entre sus amigas como temeraria y perseverante. Nunca se da por vencida. Sin embargo, en estas circunstancias sigue pensando si es buena idea abrir el sobre; hay algo que la detiene. Después de un rato, decide seguir su instinto.

—Sí, tienes razón. Mejor nos vamos. — Concluye dándose la vuelta, fingiendo desinterés para que su hermano no perciba su temor.

Ernesto ahoga un suspiro de alivio para que su hermana no se dé cuenta de su palidez.

—¡Por allí no! —le grita a su hermana al recordar los ruidos que escucharon cuando se dirigían hacia el sobre, pero ya es demasiado tarde. De entre la maleza surge un grupo de geckos que, con sus cuerpos cafesosos alargados y sus patas ágiles, se precipitan sobre

ellos como hojas secas en un tornado.

Los mellizos corren lo más rápido que pueden con sus pequeñas piernas tamaño insecto. Ernesto lleva la delantera y tira con ahínco de la mano de su hermana, que tropieza a cada instante con bejucos y piedras. Después de varios minutos de huida se detienen al lado de una gran hoja verde.

Sus respiraciones son agitadas y ninguno de los dos se atreve a decir algo. En el fondo parecen esperar un milagro.

—Si al menos apareciera la niebla y nos regresara a casa —alcanza a decir Ernesto con voz entrecortada.

—Tengamos fe, pronto saldremos de esta — jadea Naty sin mucha convicción.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo será eso? —contesta Ernesto en tono sarcástico.

Natalia no tiene la respuesta, tampoco desea buscar una. Ante el inevitable cansancio decide recostarse un momento en la hoja, que, de manera imprevista, se mueve y camina. Por segundos quedan como estatuas. La hoja no es una hoja... ¡es un insecto hoja... de esos que imitan a la perfección las ramas secas o las hojas verdes de los árboles, pues es su camuflaje para no ser devorados!

La carrera frenética comienza nuevamente, no por el peligro que supone el pobre animal, sino por puro reflejo. (Los insectos hoja, en realidad, no son peligrosos... Menos para dos seres humanos, aunque sean diminutos).

Cuando se ven lejos de lo que interpretaron como un peligro, hacen un alto para descansar y tomar agua del termo que providencialmente lleva Natalia en su mochila. Y es que ella

siempre está lista para cualquier eventualidad; nunca sale de casa sin un libro, una barrita de cereal y agua. Son tres elementos vitales para su existencia y tuvieron la suerte de que se encogieran con ellos.

—Creo que aumentamos de tamaño... ¡Como mínimo medimos cinco centímetros! —exclama Ernesto al recuperar el aliento.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los insectos hoja suelen medir doce centímetros y ese que nos encontramos estaba enorme. Al menos ya no somos tamaño hormiga... Bueno, no sé por qué estoy pensando esto; en todo caso no es relevante, ya que seguimos siendo pequeños y estando en problemas.

—Exacto...

—Espera, ¿dónde estamos? —pregunta

Ernesto, que estaba tan concentrado que no apreció el cambio de paisaje—. Esto no es un bosque, parece un desierto.

—Parece ser un área del bosque que está talada. ¡Qué horrible! —responde su hermana, apesadumbrada.

Los mellizos guardan silencio. La naturaleza también.

Ninguno de los dos esperaba ver este paisaje tan desolador dentro de un bosque tropical, pues ellos bien saben que la mitad de los animales y plantas del mundo viven en estas áreas. Muchos problemas derivan de la tala de árboles: calentamiento global, animales sin hogar, daño del suelo, falta de lluvia y de oxígeno...

—Creo que mejor salimos de acá. Los animales nos verán más fácilmente y pueden

devorarnos —señala Ernesto con preocupación, mientras Natalia continúa asombrada con lo que ve.

—Pero ¿hacia dónde vamos? Este lugar es enorme —contesta finalmente—. La verdad es que ya estoy cansada.

—Yo también —dice Ernesto, suspirando y dejándose caer sobre la tierra seca.

—Acá ya no hay musgo ni hojas ni árboles ni insectos...

—Ni mantis religiosas o geckos —observa el hermano con alivio.

—Sí... ni mantis religiosas o geckos porque han deforestado sin pensar en el daño que hacen. Ningún ser vivo logra subsistir en un ambiente tan seco.

—Además, no sembraron árboles después de cortar los que había.

—Pero el maestro de ciencias dice que existen zonas protegidas donde está prohibido cortar árboles. ¿Estaremos en una de esas zonas?

—Si es una de esas zonas, alguien ha cometido un delito, ya que no han atendido la prohibición.

El silencio los invade nuevamente... Mientras observan perplejos, un grupo de hormigas podadoras se acerca a ellos sigilosamente.

La niebla vuelve.

Por un momento, Ernesto cree que los llevará de regreso al parque de su vecindario. Natalia, aún consternada por la deforestación, no alcanza a pensar.

En esta oportunidad, la niebla se desvanece con rapidez.

—Hola —se escucha.

—¿Dijiste algo Ernesto?

—No, yo no fui.

—Hola —repite un coro.

Natalia repara en el grupo de hormigas. ¡Son ellas las que hablan! Pero... ¿cómo es que las entiende?

—Hooo-laaa... —contesta despacio y dudando.

—¿Con quién hablas, Natalia?

—Con las hormigas... Míralas, son ellas las que nos hablan.

Ernesto frunce el ceño, incrédulo, y observa con recelo al grupo de hormigas frente a ellos. Por un momento piensa en pelear, pero recuerda que solo es un poco más grande que ellas y sus mandíbulas se ven fuertes y amenazantes. Después de pensarlo bien, decide

ser amigable y hablarles también.

—Hola, señoras hormigas. ¿Cómo la están pasando?

—¡Ernesto! ¡¿Cómo se te ocurre preguntarles eso?! ¡No ves que se quedaron sin hogar!

—Bueno, la verdad —contestan en coro—, nosotras no nos quedamos sin hogar. Para nuestra especie es mejor así, pues somos hormigas podadoras. La deforestación no nos afecta, al contrario, nos favorece. Pero para el resto de los insectos es un gran problema. Ellos son los que nos pidieron que habláramos con ustedes. Y nosotras aceptamos, ya que sabemos que, a la larga, tampoco sobreviviremos.

—¿Con nosotros? —pregunta Ernesto.

—Así es.

—Espera, espera. Ernesto, ¿te das cuenta de que escuchas y entiendes lo que dicen las

hormigas?

—Sí. Tú también, ¿no?

—Yo también, pero no me había detenido a pensar que es algo muy raro. ¿Hablamos idioma hormiga?

—Al parecer, sí, Naty. Pero ¿a estas alturas esto te parece raro?

—¿Podemos continuar? —preguntan las hormigas un poco molestas con la interrupción.

Los mellizos asienten con la cabeza, algo avergonzados, en un movimiento coordinado (porque sabrás que muchas veces los hermanos que son mellizos o gemelos hacen eso), y las mensajeras prosiguen:

—Sabemos que ustedes son humanos. Los de su especie son quienes vinieron con máquinas, sierras y camiones para llevarse, poco a poco, los árboles de este lugar. La tierra

está seca, ya no llueve... Con eso los insectos mueren. Los animales emigraron... el aire está más sucio.

No sabemos si estos seres humanos volverán. Es por eso que les pedimos, en nombre de todo el reino animal de los bosques tropicales, que nos ayuden a detener esta destrucción.

—¡Ja...! —responde Ernesto.

—¡Ujum...! —asiente Natalia.

—Esas expresiones no las conocemos —dicen las hormigas podadoras aún más molestas—. Es mejor que se expliquen y nos digan si nos ayudarán.

—¿Cómo te lo digo? —comienza a hablar Ernesto—. Somos tamaño insecto, ¿cómo podemos ayudar?

—Y, aunque regresáramos a nuestro tamaño

—continúa Natalia—, somos niños. No tenemos el poder de frenar las acciones de los mayores.

El ejército de hormigas calla. Un silencio incómodo invade el momento, como cuando la maestra te pregunta algo sobre historia y buscas la respuesta en tu mente, mientras tus compañeros te observan con curiosidad.

—Está bien, está bien. Vamos a apoyarlas —dice Ernesto con determinación.

—¿Qué dices, Ernesto?! —susurra Natalia—. ¿Estás loco?! ¿Cómo las vamos a ayudar?!

—Ya se nos ocurrirá algo.

—Si tú lo dices... —responde Naty con voz incrédula.

—Señoras hormigas, ¿pueden ayudarnos a salir de acá? Nosotros, al llegar a casa, les prometemos buscar una solución a su problema.

Las hormigas podadoras, que son pequeñas pero muy inteligentes, contestan al unísono:

—¡Ja...! ¡Ujum...!

—¡Cielos...! Aprenden rápido... Creo que no las vamos a convencer, Naty.

—Déjame probar a mí —contesta la chica confiando en su capacidad de persuasión, altamente entrenada con sus padres—. Señoras hormigas, desde este lugar y con este tamaño no podemos ayudar al bosque ni a sus habitantes. Necesitamos ser grandes, más grandes, para que los seres humanos nos escuchen y conozcan sus quejas.

—Muy bien —contestan las hormigas y comienzan a moverse en círculos alrededor de los chicos.

Ernesto cierra los ojos con fuerza pidiendo que la niebla regrese y los transporte a casa,

mientras que Natalia, por el contrario, abre más los ojos en señal de alerta, ya que no termina de confiar en las hormigas y debe estar preparada para cualquier imprevisto.

La niebla desciende desde lo alto, como en las películas de extraterrestres, y —aunque no se lleva a los mellizos— un hormigueo conocido comienza a recorrerles el cuerpo. ¡Es el mismo hormigueo que sintieron cuando se encogieron!

¡Ernesto abre los ojos y Natalia los cierra! ¡Él intenta ver entre la neblina y ella intenta agarrar el brazo de su hermano! Las piernas se estiran, se estiran, se estiran... el hormigueo se desvanece y, después de un instante que parece eterno, ambos se dan cuenta de que esta vez su tamaño es igual al de los árboles.

—¡Ahora somos gigantes! —grita Ernesto, descontrolado por el pánico.

—¡Cálmate! —grita Natalia con voz temblorosa, mientras el nudo en la garganta anuncia que las lágrimas en sus ojos pelean por salir.

—¿Qué vamos a hacer, Naty? ¡Quiero regresar a casa! —exclama Ernesto, que continúa alterado mientras trata de dar un paso hacia adelante. Su hermana le grita aún más fuerte que antes:

—¡No te muevas! ¡Las hormigas!

—¿Las hormigas qué?

—¡Las vas a aplastar!

En ese momento, a lo lejos, avistan a un grupo de hombres en camiones y tractores, dispuestos a talar otra zona del bosque. Preparan las sierras con gestos discretos, como escondiéndose de algo o de alguien.

—Es momento de actuar —dice Natalia, ya

repuesta de su angustia—. Debemos detener la tala de los árboles antes de que no quede nada del bosque. Esa es nuestra misión; seguro que después de cumplirla volvemos a casa.

—OK. ¿Y cómo lo hacemos si no podemos movernos por culpa de las hormigas? ¡No logro verlas! No sé si siguen allí o si ya se fueron a su hormiguero.

En su desesperación, Naty mira a su alrededor. A unos tres metros termina la zona deforestada. (Bueno, parecen tres metros, porque recordemos que ahora ellos son muy grandes y las distancias son relativas al tamaño).

—¡Hola! —grita ella a todo pulmón, y una bandada de loros se agita volando sin dirección.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —parecen decir mientras baten sus alas.

—¡Nooooo! —exclama Ernesto—. ¡Ahora hablamos el idioma de los loros!

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —se escucha gritar a las aves verdes entre chillidos.

—¡Alto! —les ordena Ernesto con voz suave pero firme—. ¡Cálmense! Este alboroto solo me está ocasionando dolor de cabeza.

Los loros parecen entender y deciden posarse entre los cabellos alborotados de Natalia. Esto sucede tan rápido que nuestra amiga no logra reaccionar ante la mancha verde que se abalanza sobre ella.

—¡No te muevas, Naty! ¡Tengo una idea!

—No podría, aunque quisiera.

—Señores pericos...

—¡Somos loros! —reclama uno de ellos.

—De acuerdo... Señores loros, mi hermana y yo estamos perdidos en este bosque tropical y

tenemos, pues, la extraña situación de ser tan grandes como los árboles. Las hormigas podadoras nos pidieron el favor de evitar que los seres humanos sigan talando el bosque...

Al escuchar esto último, se desata en la parvada una serie de chillidos, silbidos y gritos que inundan el lugar mientras Natalia lucha por mantener el equilibrio y la cordura.

—¡Calma, calma! —continúa Ernesto—. Comprendo que esta situación los altere. No es agradable que su casa sea invadida y atacada, pero necesitamos tranquilidad para encontrar una solución.

Natalia se admira de las palabras de su hermano. Por primera vez, en toda su vida, lo escucha hablar con madurez. Hasta podría pensarse que él es el mayor. Esto le da a ella la tranquilidad de saber que puede dejar que él

resuelva la situación. Aunque, muy en el fondo, teme los planes de su hermano. Nunca suelen ser confiables.

—¿Qué se te ocurre? —susurra la chica tratando de evitar otro alboroto entre sus enredados cabellos.

—Les propongo un ataque a los seres humanos. Si ustedes nos ayudan a reunir a otros animales del bosque, podemos organizarnos y tomarlos por sorpresa antes de que sigan cortando más árboles.

Los loros comienzan a parlotear; parece que discuten y conversan entre ellos, pero los mellizos no los comprenden porque hablan todos al mismo tiempo. Finalmente, el de mayor tamaño toma la palabra:

—¿Cómo sabemos que podemos confiar en ustedes? Son de la misma especie.

—Tendrán que creer en nosotros —responde el chico.

Estas palabras causan más revuelo entre las aves y Natalia siente desesperación. Toda esta situación es extremadamente absurda y, si no se resuelve pronto, sacudirá las aves de su cabeza como cuando sale del baño con los cabellos mojados y sacude el exceso de agua. Literalmente, ¡tiene pájaros en la cabeza!

Después de unos eternos minutos, el loro que habló antes les informa que están dispuestos a colaborar, pero necesitan que los mellizos prometan que sus intenciones son buenas y que nadie saldrá dañado.

—Lo prometemos —dicen al unísono.

Y el plan comienza a fraguarse.

Y ahora tú decides...

¿Cuál será el plan?

A) Los loros y demás aves atacarán desde el aire a los seres humanos

B) Los mellizos zapatean y provocan un terremoto

C) Reúnen a diferentes especies animales para estropear la maquinaria

Ir a lat.fictionexpress.com y votar

Copyright del texto © Guadalupe Castellanos 2026. Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026. Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com

Capítulo 3

Poniendo en marcha el plan

—Muy bien, estamos de acuerdo —dice Ernesto, para cerrar el trato con los loros—. Ahora lo que tenemos que hacer es pensar en cómo actuar.

—Pero, primero, veamos con quiénes contamos —agrega Naty, que siempre busca la perfección en todo lo que hace.

—Nosotros, los loros, somos más de cien. Podemos pedir apoyo a las guacamayas y a los tucanes; ellos son nuestros vecinos de ramas.

—¡Vamos, rápido, hay que llamarlos! —exclama con firmeza el chico.

—¿Tienes algún plan?

—No, pero entre todos idearemos algo. No te preocupes, hermana. Todo saldrá bien.

Lo que bien sabe Ernesto es que justamente eso es lo que le preocupa a Natalia: la falta de planes. En ese sentido, su hermano y ella no pueden ser más diferentes... Mientras Natalia planea todo, Ernesto es el perfecto improvisador.

Eso quedó demostradísimo el día que la maestra de Literatura les pidió presentar un informe sobre la lectura de *El diario de Ana Frank*. El trabajo era en parejas y, en contra de todo pronóstico, sus nombres salieron juntos en la rifa.

Realmente no quisiera distraerme mucho de

nuestra historia, pero creo importante que sepas que el resultado de dicho evento fue espectacular, pero bastante estresante para Natalia. Ernesto se la pasaba diciendo que todo saldría bien, pero ella no lo veía leer el libro ni preparar el reporte. Naty, con sus fichas en mano y la disertación en su memoria, veía como su hermano explicaba datos y hechos en la marcha con gran destreza. El desenlace: un excelente como nota y la firme promesa de ella de no volver a trabajar juntos.

Pero, como sabemos, la vida no siempre es como uno desea y en este momento deben hacer equipo para lograr la meta.

—¡Ernesto!

—Ya sé, ya sé . Tú quieres un plan.

—Y nosotros también. Llamaré a los representantes de las guacamayas y los tucanes

—añade el loro más anciano y comienza a chillar fuertemente.

En un abrir y cerrar de ojos, llegan al lugar una colorida guacamaya y un hermoso tucán de plumaje negro azabache, que al no encontrar un árbol cerca para posarse, deciden que la cabeza de Ernesto es el lugar más adecuado.

—¡Ey! ¡Ey! ¡Cuidado!

Natalia ahoga una carcajada, pues recuerda que ella también tiene aves enredadas en su cabello.

—Amiga guacamaya, amigo tucán — comienza a explicar el loro—, tenemos una emergencia en el bosque. Como verán, estamos en un lugar deforestado por los seres humanos. Ellos nos invadieron y, poco a poco, están convirtiendo en un desierto nuestro hermoso hogar. Si no detenemos este abuso, moriremos

todos. Es preciso que unamos fuerzas y los echemos de acá.

—Me presento, señor loro. Me llamo Plumas, Plumitas para los amigos, y como representante de las guacamayas puedo ofrecer un ataque aéreo con arcilla.

(Interrumpo, amigo lector, para comentarte que las guacamayas son muy conocidas por ingerir arcilla como parte de su desintoxicación alimenticia y que encuentran este elemento en acantilados llamados collpas).

—Esa es una idea estupenda —contesta nuestro loro—. Mi nombre es Profesor; nadie me lo ha preguntado pero creo que, por cortesía, es necesario decirlo.

—Mucho gusto, Profesor.

—El gusto es mío, Plumas.

—¡Ejem... ejem...! Me llamo Bongo y soy el

presidente de la Sociedad de Tucanes del Bosque Tropical.

—Mucho gusto, Bongo —dicen todos, simultáneamente.

—Muy bien —dice Naty—, ya tenemos a las guacamayas atacando desde el aire. Bongo, ¿qué harán los tucanes?

—Natalia, por favor, un poco más de cordialidad —reclama Ernesto—. Amigos, yo soy Ernesto y ella es mi hermana Natalia. Estamos acá para apoyarlos.

—¡Muy bien, ya sabemos todos nuestros nombres! —exclama Naty, algo inquieta—. Si las guacamayas atacan con arcilla, ¿qué harán los tucanes?

—Nosotros podemos bombardear desde los árboles con frutos. No sé si los prefieren secos o podridos —añade Bongo con una gran sonrisa,

o al menos eso le parece a Ernesto.

—Podridos es mejor, así huirán más rápido —responde Plumas con entusiasmo.

—Sí, sí —comenta Profesor—. Porque no queremos heridos, solo que se vayan y no vuelvan más. Nosotros, los loros, haremos escándalo con nuestros gritos, así los seres humanos se sentirán aturcidos y no podrán pensar en un contraataque.

—Muy bien. Entonces, manos a la obra.

—Espera, Naty. Tú y yo no podemos movernos; recuerda a las hormigas podadoras.

—Tienes razón. Entonces, ¿qué podemos hacer?

Las tres aves los miran detenidamente. No conviene que ellos se unan al ataque. Además, está el tema de las hormigas y de uno que otro insecto que aún pueda estar entre la tierra seca.

—Lo mejor será que, desde acá, ustedes dirijan la ofensiva. Podrán avisar si huyen hacia la izquierda o hacia la derecha —dice finalmente Profesor.

—¿Esta es la izquierda? —pregunta Bongo con preocupación, pues siempre ha confundido direcciones.

—Así es —contesta Ernesto, divertido, que nunca ha visto ni hablado con un tucán con problemas de orientación, pero en esta situación ya nada le extraña.

Los tucanes se preparan con papayas, mangos, higos, guayabas y plátanos. Los loros invaden los árboles cercanos a las maquinarias; es difícil saber si lo verde de las ceibas son hojas o plumas. Las guacamayas, lideradas por Plumas, preparan bolas de arcilla en la collpa más cercana.

La embestida comienza... En un instante vuelan bolas de arcilla y fruta podrida, mientras el ambiente se llena con los estruendosos chillidos de los loros. Ernesto grita, queriendo dirigir a las aves, pero sus advertencias suenan más como truenos de tormenta tropical. Natalia, nerviosa, sostiene la respiración; desea intervenir, pero sabe que no puede ni debe mover un pie.

Los trabajadores, que son sorprendidos y después de un buen rato de lucha sueltan sierras, abandonan tractores y corren buscando la salida del bosque, son perseguidos por las guacamayas que continúan bombardeando con arcilla.

—¡Victoria! ¡Victoria! —gritan todas las aves con alegría.

—¡Se lo merecen! —sentencia Ernesto.

En ese preciso momento, un mango maduro cae sobre su cabeza, provocando la risa de los loros.

—¿De qué se rien? —pregunta el chico que, debido a su gran tamaño, no ha notado el impacto del fruto.

Cuando Natalia se dispone a contestar, ve volar hacia él a un hermoso tucán.

—Creo que tienes su comida en la cabeza —contesta ella, señalando al ave y disimulando la risa que le provoca ver a su hermano con esa expresión de fastidio.

—¡Ayayay! ¡Mi mango! ¡No te lo comas, eh! ¡Que estamos defendiendo el bosque!

—¿Ayayay qué?! —pregunta el chico—. Eso debería decir yo... Me has convertido en el centro de las risas.

—¡Ayayay! Es que siempre me pasan estas

cosas... Siempre llego tarde a todos lados... Yo quería ayudar.

—Bueno, bueno... —interrumpe Naty—. Igual nos puedes ayudar, no te sientas mal. Ya logramos ahuyentar a los taladores de árboles, pero nosotros aún tenemos un problema.

—¿Tienen un problema? —pregunta el tucán.

—¡¿No ves lo grande que somos?! —exclama Ernesto.

—¡Ayayay! ¿Sabes que es mala educación contestar una pregunta con otra pregunta?

—Pues eso estás haciendo tú también.

—¡Ya, ya...! No discutan.

—Yo no estoy discutiendo, Natalia. Solo le explico que él hace lo mismo.

—¡Ayayay! Veo que eres un gruñón, y a Banano no le gustan los gruñones.

—¿Banano? —preguntan los mellizos al mismo tiempo.

—¡Ayayay! Yo soy Banano.

—¡Ja, ja, ja, ja! —ríe Naty—. ¿De dónde sacaste ese nombre?

—Me lo pusieron los monos araña porque les llevo bananos para compartir.

—¿Y cómo se llaman los monos? —pregunta la chica con curiosidad, mientras observa el ceño fruncido de su hermano.

—¡Ayayay! Pues, no les pregunté.

Natalia está tan concentrada en Banano que casi olvida que los loros volvieron a enredarse en sus cabellos; parece que están muy a gusto. Los tucanes, en cambio, regresaron a sus nidos saltando de copa en copa.

—Creo que dentro de poco comenzará a oscurecer, Ernesto, y eso nos traerá problemas

más importantes que estar peleando con un tucán con nombre de fruta.

—¡No estamos peleando! —contestan al mismo tiempo.

Los loros ríen y se alborotan.

Natalia se rasca la cabeza.

Ernesto y Banano se miran a los ojos con extrañeza. Al chico le suceden estas cosas con Natalia —y eso es entendible, dado que son mellizos—, pero hablar al mismo tiempo que un ave con pico de colores brillantes es algo totalmente inesperado.

—Necesitamos un buen plan para volver a nuestro tamaño normal antes de que anochezca —dice la chica con voz preocupada.

—Eso está difícil —contesta el hermano—. Ni los loros ni Banano pueden ayudarnos. Necesitamos la niebla.

—¡No tardará en aparecer! A esta hora la temperatura baja y eso provoca niebla —explica la chica.

—¡Nuestra niebla aparece cuando ella quiere! —dice Ernesto—. Acá el principal problema es nuestra estatura. Es mejor que llamemos a las hormigas podadoras para que arreglen nuestro tamaño, pues fueron ellas quienes lo provocaron.

—Creo que fui yo quien lo provocó —contesta Naty, aguantándose las ganas de rascarse la cabeza y lanzar por los aires a tanto loro—. Recuerda que yo les dije que necesitábamos ser grandes para solucionar el problema de los hombres que talaron el bosque.

—Estoy cansado y hambriento.

—Yo también.

—¡Ayayay! ¡Acá tengo más mangos! —chilla

Banano, emocionado.

—Gracias, Banano, eres muy amable.

—¡Mi mochila! —exclama Natalia.

—¿Qué pasa con ella?

—¡No la encuentro! Y tenía la barrita de cereal dentro de ella.

—¡Qué rabia! ¿Dónde puede estar? —responde Ernesto, mientras disfruta de los pequeños mangos que le ofreció Banano.

—No lo sé —responde triste la chica—. La última vez que la abrimos fue después de ver al insecto hoja, antes de encontrar el área talada. Y no recuerdo habérmela quitado.

—A lo mejor, cuando crecimos, se rompió y quedó en el suelo junto a las hormigas.

—Si es así, es probable que hayan cenado la barrita de cereal.

En ese instante, aparece una manada

enorme de monos araña que corren y chillan. Llevan rodando la enorme mochila de Natalia. Frente a ellos va Banano, que, al escuchar a los chicos, con rapidez de tucán voló a pedir ayuda. La mochila creció y la barrita de cereal y el termo con agua también.

—¡Ahora sí! —exclama Ernesto, feliz—. Estómago lleno, corazón contento.

Y se echa a la boca la mitad de la barrita de cereal de su hermana. Natalia, en cambio, le da pequeños mordiscos a su mitad, tratando de no alborotar a los loros que, picos a la obra, parecen estar alistándose para dormir entre sus cabellos. Eso le parece sumamente gracioso a Ernesto, pero se traga la risa para no provocar el mal karma y terminar de nuevo con aves en la cabeza.

—Creo que me voy a sentar, ya es demasiado

tiempo de pie. Los árboles son de admirar, nunca se cansan —continúa hablando el chico, y se deja caer sobre la tierra seca, a sabiendas de que a esa hora las hormigas ya estarán en su hormiguero.

Natalia hace lo mismo, no sin antes ahuyentar a los loros que vuelan hacia sus nidos.

—Tengo miedo —admite, recostando su espalda en la espalda de su hermano para descansar y vigilar al mismo tiempo.

—Yo también —contesta Ernesto con total sinceridad, pues fingir no es útil en la situación en que se encuentran.

La luna está llena, su luz blanca ilumina todo el paraje y muestra el daño al bosque con más crudeza.

A lo lejos, los grillos comienzan sus cantos y

las luciérnagas parecen bailar a su ritmo. La naturaleza, en quietud, lamenta los árboles talados; árboles que tardaron décadas en crecer fueron cortados, sin piedad, en unas horas. Los tocones forman un paisaje de otro mundo, extraño y frío.

Sumidos en sus pensamientos, los chicos caen en un sueño profundo.

La idea de ser tan grandes como los árboles les da la tranquilidad necesaria para descansar. Si desean salir de esta aventura, necesitarán todas las fuerzas posibles.

La noche en los bosques tropicales no es estática: mapaches, ranas y búhos dominan la oscuridad; los ocelotes cazan roedores; y los capibaras, que normalmente son diurnos, salieron tarde a comer, protegiéndose de los humanos.

Entre sueños, los mellizos despiertan de vez en cuando, al escuchar roedores corriendo. Estar alejados del área más boscosa puede ser una ventaja o una desventaja, dependiendo de cómo lo veas: resulta una ventaja estar lejos de los depredadores y una desventaja no poder ocultarse entre la naturaleza.

De a poco comienza a amanecer, y la niebla, que aparece inundando el lugar, se asemeja a una cortina misteriosa. A paso lento, llena el espacio con una sensación de intriga, duda e inquietud y, entre las sombras y luces del amanecer, se percibe el caminar sigiloso del felino más temido del bosque tropical: el jaguar.

A lo lejos, el alboroto de los loros comienza a despertar a todos los habitantes del bosque y los animales nocturnos se disponen a dormir.

Banano, que se quedó cerca de los chicos,

intenta volar hacia ellos. La visibilidad es escasa y esto lo hace chocar contra Ernesto, que despierta sobresaltado.

—¡Ay!

—¡Ayayay!

—¿Banano? —pregunta Natalia, abriendo lo más que puede sus ojos, aunque no alcanza a ver al ave.

—Disculpen, no era mi intención despertarlos —contesta el Tucán, que sacude sus plumas después de la estrepitosa caída—. Ya amanece y debo volver con los míos, pero la niebla es extrañamente densa hoy.

En ese instante, los mellizos perciben que algo se mueve cerca de ellos: una respiración profunda, con aliento a carne, les llega desde una silueta misteriosa.

Banano lo presiente y escapa.

A Natalia el corazón le late a mil por hora, y Ernesto, aún medio dormido, cree que todo es parte de un mal sueño.

—¿Se puede saber qué hacen en mis territorios? —se escucha decir al jaguar.

Los mellizos quedan mudos del miedo, ya que, con la niebla, han vuelto a su tamaño normal. No son pequeños como insectos ni grandes como árboles. Son normales, dos seres humanos normales e indefensos, en una zona deforestada de un bosque tropical y frente a un jaguar con colmillos afilados y brillantes.

Ambos cierran los ojos esperando despertar de la pesadilla. Sienten la respiración del animal y entienden lo que les pregunta, pero ninguno se atreve a contestar. En todo caso, ¿qué pueden decir?, ¿que andan de paseo? Porque la historia del escarabajo azul es tan

poco creíble y tan larga que difícilmente alcanzarían a contarla. Seguro que antes de llegar al tema de la niebla y sus poderes mágicos, el jaguar se abalanzaría sobre ellos y los convertiría en su desayuno.

—¡Vamos, abran los ojos! —ordena el animal con voz potente.

Los gemelos obedecen, al igual que lo hacen con su papá cuando está molesto con ellos por alguna razón.

—Necesito que hablemos —continúa diciendo el felino—, pero antes deben explicarme qué hacen dentro de mis territorios.

Natalia desea contestar, pero el aliento del jaguar es insoportable y se tapa la nariz con sus manos. Ernesto, en cambio, siente desmayarse. ¿Qué se le puede decir a un jaguar enojado para que comprenda la situación y no se enoje más?

—Muy bien. Si ustedes no quieren hablar,
hablaré yo —sentencia el carnívoro.

Y ahora tú decides...

¿De qué desea hablar el
jaguar?

A) Les informa que los hombres
regresaron

B) Les advierte que la niebla solo
regresará una vez

C) Los acusa de ser parte de los taladores

Ir a lat.fictionexpress.com y votar

Copyright del texto © Guadalupe Castellanos 2026. Copyright de esta edición © Fiction
Express Education SL 2026. Puede consultar los términos y condiciones de uso de la
licencia en lat.fictionexpress.com

Capítulo 4

Viene la ayuda

El jaguar da una nueva vuelta alrededor de los mellizos y habla:

—Ustedes han venido desde muy lejos con la ayuda de la Madre Naturaleza. Nosotros en ningún momento hemos querido lastimarlos, sin embargo, no hemos podido explicarles toda nuestra situación porque no se detienen a escuchar. Nos ignoran.

—Así es —se escucha decir.

Natalia y Ernesto buscan el origen de la voz

y descubren a una mantis religiosa cerca de sus pies. No saben si es la misma de la que huyeron, porque claramente todas las mantis son iguales, pero esa duda se aclara rápidamente.

—Ustedes huyeron de mí y no me permitieron hablar —continúa—. En ese momento era urgente que me escucharan para actuar de forma certera contra los seres humanos que nos invaden.

—Lo mismo sucedió con el escarabajo azul y con el insecto hoja —continúa explicando el jaguar.

—Y es por eso que enviamos a las hormigas podadoras —explica la mantis—. Porque tienen demasiado miedo a los insectos. A pesar de que les gusta estudiarnos, aún no han comprendido nuestro papel en la naturaleza. Somos parte importante de la cadena alimenticia y no

atacamos, nos defendemos.

—A la niebla tampoco la han querido escuchar.

—¿A la niebla? —preguntan los mellizos, al mismo tiempo.

El jaguar guarda silencio, parece que está midiendo sus palabras. Decide dar dos vueltas más alrededor de los chicos. Su caminar es pausado y no pierde de vista a Ernesto y a Natalia que, a pesar de lo amenazante que parece la situación, han comenzado a sentirse más intrigados que nerviosos.

—La niebla es nuestra amiga —dice finalmente el felino—. Mantiene la humedad del bosque, regula la temperatura y nos ayuda a escondernos. Pero, ahora, ante tanta dificultad y tan poco árbol en la zona, ha decidido que volverá solamente una vez más.

Los mellizos palidecen. Si la niebla es la que los teletransporta y solo va a volver una vez más, deben lograr que los regrese a casa. Pero ¿cómo hacerlo?, ¿cómo lograrlo? ¿Se puede hablar con ella?

El jaguar parece escuchar los pensamientos de los chicos, pues los mira fijamente esperando la reacción a sus palabras.

—¿Qué necesitan de nosotros? —dice Natalia, finalmente—. Ya ahuyentamos a los taladores con ayuda de las aves. Ya no hay peligro para ustedes.

—Se fueron por el momento —contesta la mantis—, pero volverán.

—Nosotros solo somos dos chicos. No tenemos el poder para convencerlos o hacerlos cambiar de opinión. Están talando el bosque porque venden esa madera y con eso ganan

dinero. ¿Creen que nos escucharán?

—Es por eso que pedimos otro tipo de ayuda —responde el jaguar.

—¿Otro tipo de ayuda? ¿Cuál?

El silencio regresa. A Natalia le parece el preámbulo de la niebla y todo su ser se pone en alerta. El jaguar se aleja caminando con sigilo. Ernesto lo sigue con la mirada, como cuando ve al gato de su vecina caminar por el pasaje. La mantis desapareció, y los chicos tienen más preguntas que respuestas.

El bosque ya no les parece peligroso, pues han ido conociendo a los habitantes poco a poco, pero sigue siendo un lugar lleno de encanto y misterio.

—¿Qué hacemos? —pregunta Natalia con voz de preocupación—. El jaguar solo vino a darnos una mala noticia y no nos explicó por

qué nos trajeron hasta acá.

—Además, dijo que venía ayuda y yo no veo nada ni a nadie.

—Pero sí te diste cuenta —continúa la hermana— de que dijo que es «otro tipo de ayuda», como si fuera algo especial.

—¡O mágico!

Los estómagos de ambos comienzan a hacer ruidos extraños y deciden caminar hacia el bosque para buscar alimentos. Mariposas de colores vuelan, bailando, mientras la luz del sol pasa entre las ramas de los árboles. El ambiente es húmedo y huele a flores. Los loros chillan desde las ramas altas y un hermoso perezoso asoma su cabeza lentamente.

—¡Esta aventura se está poniendo interesante! —exclama Ernesto, mientras corta unos mangos.

—Sin embargo, ya deseo volver. Extraño nuestra casa y anhelo un buen baño —añade la hermana.

—Extraño mi celular —suspira el chico.

Si bien es cierto que tienen el tiempo medido con los aparatos electrónicos, pueden utilizarlos una vez que terminaron todas sus tareas escolares. La principal distracción de Ernesto son las redes sociales. Aún no tiene la edad suficiente para tener una propia, pero espera ansioso el momento en que pueda grabar videos. «Esta aventura habría tenido millones de vistas», piensa con una sonrisa, al imaginarse siendo un *influencer*.

Ambos se quedan en silencio, recordando lo que más extrañan de casa y pensando en cuánto deben de estar buscándolos sus padres. Según los cálculos de Natalia, ya ha pasado un

día y medio.

En ese momento, comienzan a escuchar gritos y ruidos en la maleza, como si alguien viniera corriendo. El sonido los hace ponerse detrás de una gran ceiba de un solo salto.

—¿Qué haces? ¡Deja de seguirme! —grita una voz que les parece familiar.

¡Es Rodrigo! ¡El amigo de Ernesto! Aparece molesto, huyendo de Banano, que lo persigue revoloteando de rama en rama. Cuando los chicos lo reconocen, Ernesto sale a su encuentro con gran alegría, mientras Natalia se escuda detrás del tronco.

—¡Rodri! ¡¿Qué haces acá?!

—¡Ey! ¡Neto! ¿Dónde estamos? ¿Y tu hermana?

La última frase provoca un vuelco en el corazón de la chica, que no termina de creer

que él pregunte por ella.

—Este tucán se volvió loco... viene empujándose en esta dirección desde hace un buen rato —continúa diciendo el chico.

Ernesto, desconcertado por la presencia de su amigo en medio de la aventura que creía un mal sueño, busca a su hermana.

—¡Banano! —dice, al reconocer al ave.

—¿Banano? —pregunta Rodrigo.

—Me encontré a este chico dando vueltas por el bosque y decidí traerlo con ustedes para ayudarlo. Se ve muy perdido.

—Gracias, Banano —contesta Ernesto—. Es mi amigo, has hecho muy bien.

—¿Con quién hablas? ¿Estás loco? Y este tucán, ¿por qué no deja de chillar?

Banano se aleja y Natalia se arma de valor para salir de atrás del árbol, no sin antes

arreglar un poco sus cabellos. Y es que ella no se considera muy atractiva. Natalia piensa que tiene compañeras mucho más lindas, aunque cada vez que hace una de esas observaciones a su mamá, ella le recalca que todas las chicas son diferentes y que cada una tiene una belleza especial... «En algunas pueden ser sus ojos; en otras, sus cabellos o su sonrisa. Lo importante es no compararse», insiste. Pero para Natalia eso es muy difícil.

—Parece que Rodrigo no habla el idioma de las aves, Ernesto —dice, con timidez, saliendo de su escondite y clavando luego su mirada en el suelo, pues no se atreve a mirar al chico a los ojos.

Esto es algo que no puede evitar hacer frente a Rodrigo. Su corazón continúa latiendo rápido y ella intenta por todos los medios que

no se le note lo nerviosa que está.

—Hola, Naty —saluda el chico—. ¿Me pueden explicar qué está pasando?

—Pues nosotros no lo tenemos muy claro —contesta Ernesto—. ¿Cómo llegaste hasta acá?

—Fue algo muy extraño. Salí de mi casa, con mi patineta, y fui a la tuya a buscarte; pero, al pasar por el parque, escuché tu voz gritando de alegría no sé qué cosa. Tus gritos salían del tronco del pino que está justo al lado de los columpios, así que decidí levantar unas cortezas que estaban sueltas. Me encontré con una familia de escarabajos azules y, de pronto, caí en este bosque. Di varias vueltas, tratando de escuchar nuevamente tu voz, y en ese momento me encontré con ese tucán raro que no paraba de chillar.

Mientras Rodrigo habla, Natalia, con el ceño

fruncido, intenta unir todos los cabos sueltos en su cabeza. Hasta ese momento, ella estaba segura de que la culpable de que estuvieran en ese bosque era la niebla, y ahora resulta que los culpables son los escarabajos azules. ¿Ese pino del parque es un portal secreto a otra dimensión? ¿El tiempo se detiene, una vez aquí? ¿Los escarabajos son mágicos? Si la razón de toda esta situación es ayudar al bosque para detener la deforestación, ¿por qué todavía están allí? ¿Qué hay que hacer para regresar? ¿Por qué traer a Rodrigo?

—¿En qué piensas, Naty? —pregunta el hermano al verla muy concentrada, a sabiendas de la capacidad de análisis de la chica.

—En nada —contesta ella, pues aún no tiene muy clara la situación. Hasta cierto punto, esto se parece a las novelas de misterio que suele

leer en su tiempo libre. Es un acertijo enredado. Si al menos tuviera una pista para descifrarlo...

—¿Qué traes en tu espalda, Rodri?

—¡Ah! Es otra cosa muy rara que me pasó — contesta el chico—. Antes de tropezarme con el tucán, me di cuenta de que traía en la espalda esta mochila y está bastante pesada.

—¿Y ya viste qué tiene dentro? —pregunta Ernesto, ayudando a su amigo a bajarla al suelo, con la esperanza de encontrar comida.

—No. ¡Veamos!

La mochila tiene compartimientos y bolsas con *zippers*. En una de ellas encuentran, para alegría de los mellizos, abundante comida y botellas con agua. Los hermanos no disimulan su entusiasmo y, con rapidez, se reparten sándwiches, fruta y jugos. El hambre los hace comer con apuro, mientras Rodrigo continúa

consternado, sin comprender los sucesos.

Al terminar, Natalia tira las migas de pan sobre la hojarasca, pensando en las hormigas, y Ernesto soba su estómago con una sonrisa de satisfacción.

—¿Ahora sí me van a explicar dónde estamos? —reclama Rodrigo.

—¿Qué más hay en la mochila? ¡Se siente pesada! —exclama Ernesto, evadiendo la pregunta para no dar explicaciones poco creíbles.

—Mmmm... pues... acá veo una brújula, una lámpara, un reloj y...

—¡Celulares! —grita Ernesto, tomando uno con rapidez para ver su nivel de batería, y Natalia agarra el otro e intenta conectarse a internet para buscar noticias.

A lo mejor otras personas han desaparecido

debido a los escarabajos azules... O sus padres han puesto algún aviso en la estación de policía... Pero no consigue conectarse a ninguna red.

—¡Ernesto, deja de perder el tiempo! En este lugar no hay conexión. Debemos buscar una solución para salir de aquí —reclama indignada la chica, mientras ve a su hermano subido a una rama, alzando el teléfono para intentar conectarse.

Rodrigo los observa, completamente desorientado.

—Si pueden explicarme dónde estamos se los agradeceré mucho —dice el chico, cuya paciencia ya se está agotando.

Natalia intenta contestar, pero en ese preciso momento se escucha una voz que suena como trueno:

—Ya han perdido demasiado tiempo. Mis árboles lloran savia sagrada al ser talados. Las sierras, con sus dientes, abren heridas profundas en los troncos, provocando la muerte lenta de cientos de años de vida. Las aves, que antes llenaban de algarabía el ambiente, están emigrando a lugares desconocidos; vuelan sin rumbo, desconsoladas. La tierra, antes fértil y húmeda, se ha convertido en desierto polvoriento que aleja a insectos y a roedores. Algunos animales que me habitan tienen tanto miedo que salen solo por las noches a buscar alimento, y los que son nocturnos poco o nada encuentran para dar de comer a sus crías. La vida peligra, mi vida peligra, la vida de todos peligra.

Los chicos no encuentran la forma de consolar. Saben que quien habla es el bosque y

sienten el dolor en sus palabras. El silencio invade el lugar, como antes lo invadía la niebla.

De manera inesperada, vuelve el jaguar.

Rodrigo se sobresalta y Natalia lo toma del brazo para calmarlo. Ante este movimiento de su hermana, Ernesto frunce el ceño al verla sonrojarse. «Algo raro pasa acá», piensa. Pero no sigue el hilo de ese pensamiento, pues urge encontrar una solución para salir de allí.

—No teman —dice el felino—. Me llamo Sombra.

—¡Buen nombre! —dice Ernesto, mientras Rodrigo se queda paralizado—. Con razón apareces y desapareces sin aviso... como una sombra.

—En realidad, nuestra sombra no desaparece —comenta Natalia en su eterno afán de explicar los sucesos naturales.

—Si tú lo dices... En todo caso, Sombra —continúa hablando el chico—, necesitamos ayuda.

—Lo sabemos —explica el bosque—. Es por eso que Rodrigo trae esa mochila con herramientas poderosas.

—¿Son poderosas?

—Así es —explica Sombra—. Cada uno de esos objetos tiene un poder especial. La mochila se los irá dando en el momento en que los necesiten.

—¡Ya tenemos los celulares! —exclama Ernesto.

—Es para llamar por ayuda —explica el bosque.

Rodrigo intenta seguir el diálogo a través de las intervenciones de los mellizos. Pero, al mismo tiempo, siente un enorme deseo de salir

corriendo. Lo detiene Natalia, que continúa agarrando su brazo fuertemente, intuyendo sus intenciones.

—¿En qué lío me metieron?! —exclama finalmente—. Yo mejor me voy por donde vine... —e intenta quitarse la mochila, pero esta parece estar pegada a su espalda.

—Entendemos que deseen regresar a casa, pero solo ustedes pueden ayudarnos. Estamos destinados a morir, poco a poco, si no intervienen —explica el jaguar.

—Por favor —se escucha decir a los animales del bosque a modo de coro.

—Muy bien. Ya que tenemos los celulares, llamemos —propone Ernesto.

—¿A quién? ¿Crees que salga la llamada sin conexión? —pregunta Rodrigo.

—Marcaré el número de emergencias. No

perdemos nada con intentar, y veremos si aparece alguien. ¡El bosque nos ayudará! —exclama Natalia con entusiasmo, pues la idea le parece genial.

Y así lo hacen.

Sombra trepa a un árbol cuando aparecen las mejores amigas de Naty: Cristina y Claudia. Al verse, las tres chicas se abrazan entre gritos de alegría. Ernesto y Rodrigo se miran sonriendo, pues la escena les parece simpática.

—Tenemos que idear un plan —señala Rodrigo con voz decidida—. En la mochila veo una brújula.

—Úsala.

Cristi y Claudia bombardean a Naty con preguntas.

—Chicas, no hay tiempo para explicaciones... Debemos salvar el bosque —

dice Natalia. Y ambas chicas detienen el interrogatorio y se disponen a tomar fotografías con los celulares. Serán de utilidad para cuando regresen a casa.

La brújula los guía.

Caminan despacio uno detrás del otro, Rodrigo al frente y Ernesto en la retaguardia. Natalia se distrae observando el cabello castaño de Rodrigo. Claudia ríe al descubrir la mirada de su amiga y le da un codazo para hacerla volver a la realidad. De pronto, llegan nuevamente a la zona de tala. Observan a lo lejos con indignación, pues los taladores regresaron y ahora son muchos más.

Parecen tener prisa.

Los cinco amigos se encuentran escondidos entre los árboles cercanos al área desierta. Si no actúan rápido, estos serán los próximos en

morir.

Naty alza la vista y ve sobre las ramas a las aves, que observan con tristeza la destrucción. Luego, baja la mirada y alcanza a ver varias clases de insectos huyendo del lugar. Sus pensamientos son interrumpidos por la voz de Rodrigo.

—Es hora de usar la lámpara —dice el chico sin saber por qué, pues aún es de día.

Ernesto saca la lámpara y esta comienza a enviar una luz potente, de color rosa neón, hacia los taladores. Estos quedan completamente debajo de la luz y, por un momento, los chicos sienten miedo, pues desconocen las consecuencias de haber apuntado hacia ellos.

Y ahora tú decides...

¿Qué hace la luz?

A) Teletransporta a los taladores a la estación de policía

B) Destruye la maquinaria para siempre

C) Hace que los taladores vean las consecuencias de deforestar

Ir a lat.fictionexpress.com y votar

Copyright del texto © Guadalupe Castellanos 2026. Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026. Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com

Capítulo 5

Causa y efecto

La luz parece tener un efecto hipnótico.

Da la impresión de que sube y baja en varias ocasiones, hasta que vuelve a concentrarse sobre los taladores de árboles.

Los chicos, atentos al rayo de luz, esperan sus efectos y no se dan cuenta de que Ernesto sostiene el artefacto con gran esfuerzo, pues, a pesar de no ser más grande que una lámpara de mano, la potencia del destello provoca una enorme vibración.

—¿Qué está sucediendo? —pregunta Rodrigo, que no alcanza a ver el efecto de la luz.

—¡Nada! —contestan las chicas, decepcionadas.

Después de varios minutos (que se sintieron eternos), logran ver que los taladores comienzan a agitarse, pues un calor ardiente recorre sus cuerpos. En su desesperación tiran cascos, chalecos y botas. Sus rostros enrojecen y gotas de sudor caen por sus frentes. Desesperados, buscan un poco de sombra que aminore el bochorno, pero en esa zona no hay árboles.

Están experimentando el efecto del calentamiento del planeta.

El ardor los obliga a tomar el agua de sus termos, pero esta no es suficiente. Miran hacia el cielo esperando un poco de lluvia que los

refresque; pero es inútil, no se observan nubes y mucho menos neblina que disminuya el calor que sienten. No hay ríos cercanos ni pozos de agua en los que puedan refrescarse porque los mantos acuíferos están secos.

La sequía es el efecto de la tala.

Angustiados, se sientan en los troncos de los árboles recién caídos y, repentinamente, les comienza a faltar el aire. Entran en desesperación. Los cinco amigos comienzan a preocuparse, dado que entre todos no logran apartar la luz, que continúa alumbrando el lugar. A lo lejos, observan a los taladores buscar aire para respirar. Entre el calor, la falta de agua y de oxígeno, la aflicción es cada vez mayor.

Y, aunque todo es consecuencia de la falta de árboles y son los afectados quienes causaron ese daño, los chicos sienten preocupación por

el giro que está dando la situación. Si no los socorren pronto, los taladores pueden morir.

El silencio es tan profundo que asusta.

Los deforestadores logran respirar y ven como, de la nada, surge un río de lodo con piedras que arrastra minerales, plantas e insectos a su paso; la erosión es despiadada y no deja tierra fértil tras ella.

Los animales corren agobiados, sin rumbo. Las plantas, deshidratadas, mueren. Los seres humanos, con sus sierras, han cortado la vida misma del bosque y sufren las consecuencias de sus acciones.

Los cinco chicos siguen intentando direccionar la lámpara hacia otro lado, pero esta pesa demasiado y controlarla se les hace cada vez más difícil.

—¡No se rindan! —suplica Ernesto—.

Debemos mover la luz.

Aunque lo intentan con todas sus fuerzas, no logran desviar la luz. Y cuando piensan que está todo perdido, repentinamente, la luz se apaga y la lámpara cae a los pies de Ernesto.

Natalia, Claudia, Cristina y Rodrigo se desploman también y, por un momento, olvidan todo el problema y ahogan las carcajadas que les provoca haber caído unos sobre otros.

—¡Shhhhh...! No hagan ruido, que nos van a descubrir —dice Ernesto, mientras sus amigos se incorporan.

—¿Y ahora qué? —murmura Naty, no por miedo a ser descubierta, sino por el temor de que su voz active nuevamente el aparato.

Los chicos se asoman y ven a los taladores, que parecen respirar con normalidad. La

aflicción ha pasado y permanecen todos unidos en una sola sección del bosque. Miran para todos lados y, al mismo tiempo, se observan unos a otros asombrados y sin hablar. En sus mentes tratan de buscar la lógica a lo sucedido.

Una voz potente como un trueno anuncia:

—Sin árboles, la tierra se calienta.

»Sin árboles, la lluvia se aleja.

»Sin árboles, el oxígeno se termina.

»Sin árboles, la erosión provoca inundaciones.

»Sin árboles, no hay animales ni plantas ni vida... Sin árboles, ustedes mueren.

Al finalizar esas palabras, aparecen los loros volando sobre todos los presentes. Dan vueltas en perfecta sincronía, como cuando los aviones de un espectáculo aéreo danzan en el aire con precisión militar. Las aves crean un círculo en

el cielo del cual desciende una burbuja brillante que cae sobre los taladores y los atrapa en una cárcel invisible. Ellos, aún asustados por todo lo ocurrido, no alcanzan a correr y son capturados.

Los chicos, que aún no dan crédito a todo de lo que han sido testigos, deciden actuar rápido. Es momento de buscar en la mochila, pues corren el riesgo de que los deforestadores rompan la burbuja, escapen y no tengan su merecido.

—¡Cristina! —exclama Naty—. Mira qué más hay en la mochila... ¡Vamos, date prisa!

La chica obedece. Guarda el celular en el bolsillo trasero de sus *jeans* y hurga con rapidez en la mochila, que sigue pegada a la espalda de Rodrigo.

—¡Apúrate, que nos van a ver! —dice Ernesto, inquieto.

—No encuentro nada... —contesta Cristina.

—Deja que eche un vistazo —dice Naty. Y la proximidad con Rodrigo la pone nerviosa nuevamente—. ¡Acá hay un dron! —grita.

—¡SHHHHHH!

—¡Perdón!

—¡Con el dron podemos grabar y eso nos servirá como evidencia! —exclama Claudia, que es amante de las novelas policiales.

—Ya tenemos bastantes fotografías en los celulares —responde Cristina.

—Probemos a ver qué hace. A lo mejor no es para eso —dice Rodrigo, que, poco a poco, se ha convertido en el líder del grupo.

—Yo, la verdad, tengo miedo —dice Naty, que aún se siente impactada por el efecto que causó la luz rosa.

—Tranquila —le contesta Rodrigo, mientras

le da unas palmadas en el hombro. Pero esa frase, en lugar de tranquilizarla, le acelera el corazón, y no es precisamente por miedo.

Ernesto, que ha visto cómo su padre pilotea su dron en la playa, lo toma y comienza a maniobrar. El aparato gana altura rápidamente, a pesar del denso follaje del lugar, y vuela con rapidez hasta que se detiene sobre el área deforestada, sin que Ernesto lo decida así.

—Esta cosa se maneja sola —señala el chico, molesto. Y, en ese instante, el dron comienza a lanzar fuertes vibraciones sobre los cientos de tocones.

Los taladores, atrapados en la burbuja invisible, no pueden creer lo que ven sus ojos. Los chicos también quedan boquiabiertos.

¡La naturaleza renace!

De los tocones, crecen nuevamente

hermosas ceibas, caobas, cacaos, cedros, cauchos, entre otras tantas especies arbóreas de todo tamaño. La hojarasca que se encontraba seca reverdece. Al instante, regresa la fauna al lugar: las aves cantan, los insectos buscan alimento, los roedores recorren el lugar y los mamíferos construyen sus hogares. Lo que antes parecía desolador se llena de vida. El aire, lleno de oxígeno, se siente fresco y limpio. Brota agua de un manantial y el cauce del río vuelve a llenarse.

El dron continúa volando por un buen rato sobre el área, hasta que esta vuelve a ser parte del bosque. Al terminar su misión, se eleva con rumbo desconocido, a pesar de los intentos de Ernesto de regresarlo a él.

—¡Es inútil! ¡Este dron tiene vida propia! —exclama el chico, que, absorto en controlar al

dron, no ha reparado en lo sucedido.

—Y todavía te extraña... —contesta Rodrigo, divertido ante las palabras de su amigo.

Es entonces cuando Ernesto observa fascinado el espectáculo de vida que se extiende ante sus ojos.

—¡Asombroso! —exclama Cristina.

—¡Es perfecto! —observa Claudia.

—Y ahora... ¿qué hacemos? —pregunta Natalia, mientras sus amigas toman fotos para registrar el momento. Ambas se sienten reporteras—. Si al menos el bosque nos dijera qué hacer con los taladores... No podemos dejarlos allí.

—¿Y por qué no? —preguntan Rodrigo y Ernesto, molestos.

—Pues... porque son seres humanos. Es cierto que actuaron mal, pero no podemos

abandonarlos.

A Ernesto no le extrañan estas palabras de su hermana. Ella es, a su modo de ver, demasiado correcta (si es que eso puede ser).

—Creo que hay que llamar a la policía —dice Claudia con voz firme—. No debemos permitir que vuelvan a hacerle daño al bosque.

—Veamos si el celular nos ayuda nuevamente —sugiere Rodrigo, mientras toma prestado el celular que guarda Cristina para comprobar si el GPS funciona y ¡así es!

El chico marca de nuevo el número de emergencia, que lo conecta con una estación de policía, explica la situación y da las coordenadas para que la justicia logre dar con los infractores.

—Listo. Vienen en cuestión de media hora.

—¿Y cómo les explicamos toda esta locura?

—pregunta Cristina.

Vuelven a guardar silencio.

El bosque los observa.

—No es necesario explicar nada —sentencia Claudia—. Tenemos las fotos. Al llegar a casa enviaré un correo electrónico a la estación de policía más cercana y ellos lo remitirán a quien convenga. Es importante que las autoridades tengan todas las pruebas posibles del daño que hicieron los taladores.

—Me parece una excelente idea —expresa Natalia—. Mientras tanto, veamos la forma de salir, porque no podremos dar explicaciones sobre cómo llegamos hasta acá.

—Esta mochila debe tener algo para salir de este lugar —dice Ernesto, cuya ansiedad aumenta a medida que escarba dentro de ella.

—¡Ay! ¡Espera! ¡Cálmate! —grita Rodrigo al

sentir los empujones.

—¿Qué es esto?

Ernesto saca un nuevo artefacto de la mochila mágica. En un primer momento parece un secador de cabello sin cable. Con desesperación, el chico intenta encenderlo hasta que Cristina se lo arrebató.

—Estás demasiado nervioso. Se enciende por acá.

El aparato comienza a sonar como una turbina de avión. Todos se asustan, incluso los animales que están cerca de ellos. Por unos instantes, solamente se escucha el ruido y nada sucede.

La tensión aumenta, pues hasta el momento los aparatos de la mochila han demostrado su utilidad, pero al mismo tiempo han sido sorprendidos en su manera de funcionar.

El sonido aumenta y, poco a poco, comienza a formarse niebla.

—¡La niebla! —gritan los mellizos, entusiasmados.

Natalia, en silencio, pide con todas sus fuerzas que esta vez la niebla los devuelva a casa, mientras Ernesto ya no sabe qué pensar. Desde el inicio, toda esta aventura es tan poco creíble que piensa que es posible que la niebla los lleve a otro lugar para solucionar otro problema ambiental. Y, sinceramente, solo quiere volver a casa.

Rodrigo, Cristina y Claudia no comprenden la importancia de la niebla y solo se quedan quietos, observando.

—Gracias —se escucha decir a un eco.

Es la niebla, que finalmente se deja escuchar.

—Por años hemos visto cómo los seres humanos han destruido nuestro hogar. Solo ustedes creyeron en nosotros, nos escucharon y actuaron. La naturaleza está hablando constantemente a los seres humanos: con los amaneceres, los cielos de colores, la brisa fresca o las tormentas eléctricas. El arcoíris habla de paz; los terremotos, del poder; las inundaciones piden ayuda; y las épocas de calor hablan de la necesidad de pensar en las consecuencias de sus acciones. Si polucionan el aire con gases, se crea el efecto invernadero.

»Pero no nos escuchan. Nos creen inmortales. No piensan en que este es nuestro único hogar y debemos cuidarlo. Todo tiene una causa y un efecto. Es necesario reflexionar y actuar en consecuencia.

»Ustedes pueden seguir ayudándonos... Esta

es una tarea sin fin.

Al decir esta última frase, la niebla comienza a espesar y una fina lluvia llena de frescor todo el lugar. A lo lejos, Profesor, Plumas, Bongo y Banano se despiden agradecidos, las hormigas retoman sus quehaceres de rutina y Sombra observa desde una rama cómo los chicos son envueltos por la niebla que los transporta lentamente hacia casa. Esta vez no hay hormigueo, con suave cuidado son devueltos al parque, justo donde toda esta aventura comenzó: junto al hogar de los escarabajos azules.

Los chicos, enmudecidos, se miran unos a otros. Ninguno se atreve a hablar. Parecen dudar de lo sucedido. La mochila de Natalia se encuentra en su espalda, con su termo y sus libros; no así la mochila mágica, de la que

finalmente Rodrigo se liberó. Afortunadamente, los celulares siguen en los bolsillos de Claudia y de Cristina, y son la prueba de que todo lo vivido no fue solo un sueño.

El día está hermosamente soleado.

Una suave brisa los alcanza y los rizos de Natalia se alborotan. Rodrigo la observa con atención, sus miradas se cruzan y ambos se sonrojan.

Los escarabajos azules salen del pino y Ernesto, instintivamente, se agacha para evitar ser enviado a otro lugar. Pero esta vez los insectos solo van en busca de alimento en otra corteza.

—¿Y ahora qué? —pregunta Cristina.

—Creo que esto no ha terminado —contesta Claudia con firmeza—. Tenemos las fotografías

de todo lo sucedido. Pienso que debemos crear una campaña de concientización en el colegio para poder transmitir el mensaje de la niebla.

—¡Nos van a decir que estamos locos! — replica Ernesto mientras se incorpora.

—No tenemos por qué contarle todo. Nadie nos creería.

—En eso tiene razón Claudia —añade Cristina.

—¿Qué piensas tú? —pregunta Ernesto a su amigo que, embebido por el momento, aún no comprende la causa de su sonrojo.

—Creo que todo se trata de tener buena voluntad. Si en la campaña ponemos acciones concretas para cuidar el planeta, será más fácil que nos tomen en serio.

—Así es —continúa Natalia—. Porque creemos que nosotros, debido a nuestra edad,

no podemos hacer nada. Pero hay mucho por hacer; podemos reciclar, reducir y reutilizar.

Ernesto asiente, mientras Rodrigo contempla con profunda admiración a la chica. Para él solo era la hermana de Neto; descubrir sus cualidades en esta aventura le parece algo inesperado. Hoy, le parece una chica interesante y bonita.

* * *

La campaña se organiza en los siguientes días. Los carteles con mensajes ecológicos junto a las fotografías son elaborados con esmero y distribuidos entre los estudiantes. Ernesto y Rodrigo crean un sitio en internet con información clave para el cuidado del medioambiente. Las investigaciones se centran en todas las especies que conocieron en el

bosque tropical y han aprendido innumerables datos sobre estas. La maestra de ciencias se siente orgullosa de los chicos y piensa que el origen de tanto entusiasmo son sus lecciones.

(Tú y yo sabemos que no es así, pero es mejor no aclarar el tema porque nadie va a creer nada de lo que hemos sido testigos junto a nuestros amigos).

Mientras los chicos realizan su proyecto, en el bosque tropical los taladores ya fueron apresados y enviados a realizar servicio comunitario en una recicladora de papel. La empresa de madera fue clausurada luego de que pagara una multa enorme, cuyos fondos se destinaron al cuidado de la flora y la fauna del lugar. Las autoridades colocaron barreras para que lo ocurrido no vuelva a suceder, pues el bosque es un área protegida y debe ser

custodiada.

Plumas, Bongo, Profesor, Banano, Sombra y todos los animales del bosque regresaron a su rutina. La mantis religiosa vigila permanentemente para asegurar que todo esté en orden, mientras la niebla continúa apareciendo al amanecer y al anochecer, cuando bajan las temperaturas. De vez en cuando visita la zona donde viven los mellizos, pero lo hace solo por diversión, pues disfruta enormemente al ver cómo Ernesto palidece al sentirla.

La campaña es tan exitosa que el diario local decide publicarla en la sección de «Chicos con valor», donde se destacan acciones de jóvenes que, valientemente, deciden actuar ante un problema ecológico. Los padres de los mellizos están muy orgullosos de ellos, aunque aún no

comprenden cómo lograron trabajar juntos teniendo en cuenta sus diferencias.

Ya en casa, Ernesto decide que en unos años estudiará botánica.

Natalia sonríe, sus planes son más cercanos: decirle a Rodrigo que le gusta.

FIN

Copyright del texto © Guadalupe Castellanos 2026

Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026

Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com